

Billaud de Varennes, Lebon y otros monstruos semejantes. — Es conocida la carta de Raynal, donde con toda la enerjía que da el convencimiento, hace ver á la asamblea que los decretos dados contra el Catolicismo habian sido la causa de las sediciones, violencias y estragos inauditos que los ponian á perecer. Pero los que estaban al frente de la revolución; reflexionando los grandes progresos que, merced al auxilio de los jansenistas, habia hecho el plan, desestimaron los avisos de su amigo Raynal, y contra sus primeras intenciones resolvieron llevar á cabo la destruccion de la monarquía y de la Religión, combinándose con los jansenistas, cuyas intrigas, crédito y maquinaciones les habian sido de tanta utilidad. Los jansenistas, pues, fueron los que dieron la última mano, si es lícito expresarse así, al sistema de sangre y de impiedad que ha dominado y redujo la Francia á la anarquía, y por tantos años la tuvo y tiene aún en continua agitacion ¹. Creemos haber mostrado claramente que los jansenistas fueron no solo cómplices, sino los autores principales é instigadores de la revolucion, y que superaron á los mismos filósofos en promover el jacobinismo. Así resulta de los testimonios referidos, de la confesion de los mismos jansenistas, y de las observaciones hechas sobre su conducta ulterior. Queda, pues, falsificada la asercion de Tamburini, de que es una calumnia atribuir al jansenismo esta complicidad.

PÁRRAFO ÚLTIMO.

Necesidad en que están los príncipes de cautelarse contra las insidiosas asechanzas de los jansenistas, si quieren tranquilamente reinar.

Demostrados ya los principios anárquicos, adoptados por los modernos jansenistas en el sínodo de Pistoya, y

¹ Los síntomas que siente aun dentro de sí aquella nacion, son efecto de estas doctrinas, disimuladas con el nombre falaz de galicanismo, y que son efectiva y propiamente de rebelion.

puesta por otra parte en claro la conducta observada por ellos en la primera ocasion que se les ha presentado de ponerlos en ejecucion, salta á los ojos la necesidad de precaverse contra unos hombres empapados en máximas tan peligrosas y perjudiciales á la seguridad de los tronos, y tranquilidad de los pueblos, y de tomarse por los reyes una firme resolucion de enfrenar una secta, á quien, por confesion de su mismo apologista, no bastó hasta aquí á hacerle doblar la cabeza toda la fuerza de ambas potestades. Los reyes en sus decretos, en sus leyes, mandan la obediencia y sumision, conminan penas contra los trasgresores y desobedientes, y quieren ser respetados y obedecidos: toda la fuerza que hace formidables á los príncipes á los ojos de los súbditos, no raras veces es conmovida, vacila, se destruye al primer choque que sufre la subordinacion: esta es indispensable y absolutamente necesaria, y sin ella ningun gobierno puede subsistir. Ahora bien: *desobedecer y sufrir ha sido la práctica constante del partido jansenístico*, por confesion de su mismo apologista: ¿ qué obediencia, pues, qué sumision pueden prometerse los príncipes de ellos? Y si no esperan ninguna, ¿ cuál esperan tener del resto de sus súbditos, si permiten impunemente á aquellos escribir, hablar, introducirse en los negocios políticos, manejar los de gobierno, y la direccion espiritual de las conciencias. La Francia ha experimentado bien á costa suya los tristes efectos, y con daño irreparable ha visto realizarse puntualmente la funesta prediccion, que treinta años antes le hizo el célebre jesuita y orador Neuville, quien íntimamente penetrado de los designios de la cabala ateo-jansenística, no pudo contener su zelo, y quiso prevenir y cautelar á aquella nacion de los peligros que la amenazaban, y que con no menos razon se pudiera hacer hoy á otras, que tal vez no quieran creer los que les preparan los sectarios. « ¡ Religión santa, decia en su » panegirico de san Agustin, impreso el 1776: Religión » santa de Jesus! ¡ oh trono de san Luis! ¡ oh Francia! » ¡ oh Patria! ¡ oh decencia! ¡ oh pudor! Aun cuando » yo no fuese cristiano gemiria como ciudadano: no ce- » saré de llorar los ultrajes con que se os insulta, y el » triste destino que os preparan. Siguen propagándose y

» estableciéndose funestos sistemas : su veneno devora-
 » dor no tardará en destruir los principios, el apoyo, el
 » sosten necesario y esencial del estado. No esperéis ya
 » amor á los reyes, ni pública estimacion ; no soldados
 » intrépidos, jueces desinteresados, amigos generosos,
 » esposas fieles, hijos sumisos, ricos compasivos ; no
 » los esperéis de un pueblo, cuyo único Dios, única ley,
 » única virtud, único honor, será el placer y el interés.
 » Desde aquel momento el imperio mas floreciente es ne-
 » cesario que se desplome, debilite, y enteramente se
 » aniquile. Para destruirlo no será necesario que Dios
 » haga resonar el trueno de las nubes, lance los rayos
 » de su ira ; esta vez el cielo podrá descansar sobre la
 » tierra, acerca del modo de castigarlo en su maldad.
 » El gobierno, arrastrado de una especie de vértigo y
 » de los delirios de la nacion, sucumbirá, se precipitará
 » en el abismo de la anarquía, del sueño, de la confusion,
 » de la decadencia, de la ruina total. » ¿ Habria podido
 » explicarse en otros términos si se hubiera hallado pre-
 » sente á los sucesos espantosos de la revolucion, tan de
 » antemano prevista por él ?

La misma prediccion repitió ó adoptó pocos años des-
 » pues el clero todo reunido en la asamblea de 1770, el
 » cual en su amargura hizo presentes al mismo rey los jus-
 » tos temores que presagiaba su corazon. « ¿ Sufrireis,
 » Señor, le decía á Luis XV, que la totalidad de vuestro
 » pueblo se corrompa y prevarique ? ¿ que vuestra suerte
 » y heredad sea presa del espíritu de las tinieblas ? ¿ que
 » el Dios por quien reináis, no sea conocido en vuestro
 » imperio ? ¿ que la fe de vuestros predecesores se ex-
 » tinga en el corazon de vuestros súbditos, y con ella se
 » acaben todos los sentimientos de amor, de sumision y
 » de fidelidad, que la misma fe habia impreso en los
 » corazones hácia vuestra sagrada persona ? La impie-
 » dad no limita sus miras y proyectos desoladores á la
 » Iglesia, los extiende á los tronos ; á un tiempo van
 » contra Dios y contra los hombres, contra el santuario
 » y el imperio ; y no quedará satisfecha hasta que no
 » haya destruido toda potestad. » Conmovido el monarca
 » de una exposicion tan franca y decisiva, alejó de sí al
 » duque de Choiseul, protector de los filósofos, y con un

golpe digno de su autoridad cerró los parlamentos, que
 » de algunos años á esta parte, como impregnados del
 » jansenismo, sostenian sus principios anárquicos en sus
 » demasiado famosas representaciones, fomentaban la di-
 » vision entre el monarca y el pueblo, y enseñaban prácti-
 » camente á sustraerse de la obediencia á las órdenes rea-
 » les, interponiendo tergiversaciones y pretextos, con los
 » cuales eludían los mandatos mas espresos del monarca.

Por desgracia el jóven Luis XVI, seducido de sus cor-
 » tesanos, prestó oídos á sus halagueñas palabras, y los
 » restituyó (los parlamentos) ; condescendencia fatal, que
 » reanimó á los ateos, y fué la precursora funesta de los
 » acontecimientos que insensiblemente minaron el funda-
 » mento de su poder, desplomaron el trono, y con él al
 » monarca. El incauto rey, en vez de aprovecharse de las
 » luces que ofreció á su consideracion el celoso obispo de
 » Senes, M. de Beauvais, en la nunca bastantemente aplau-
 » dida *oracion fúnebre de Luis XV*, sobre el estado deplora-
 » ble en que se hallaba la Francia por los atentados he-
 » chos á la Religion por la cabala ateo-jansenística, adhirió
 » incautamente á las sugerencias de los filósofos, que todo
 » se lo cubrian con capa de bien, hasta permitir que vi-
 » niese á París el patriarca de la secta. « En otro tiempo,
 » decía aquel celoso orador desde la cátedra de la ver-
 » dad, en otro tiempo los novadores mas atrevidos se
 » limitaban á combatir algunos de nuestros dogmas ;
 » pero estaba reservado al siglo XVIII impugnarlos á la
 » vez todos, trastornar todas nuestras leyes santas, ar-
 » rancar de raiz su fundamento, la autoridad de la reve-
 » lacion. ¿ Qué digo ? ni aun siquiera se respetan los
 » principios de aquella primera ley, que el autor de la
 » naturaleza ha impreso en el corazon de todos los hom-
 » bres ; los principios del honor, de la virtud, de la jus-
 » ticia, de la honestidad natural ; los mas esenciales
 » para el orden y paz de las sociedades. ¿ Qué progresos
 » no ha hecho ese sistema destructor entre nosotros, y
 » en toda la Europa ? La impiedad, segun las expresio-
 » nes de un profeta, quien no parece sino que las dirigia
 » particularmente á nosotros, y á nuestro siglo ; la im-
 » piedad cree que es llegado el momento de su triunfo,
 » y de una revolucion general, y orgullosa dice entre sí

» misma : Veo mudarse los tiempos, y cambiar las leyes :
 » *Putabit quod possit mutare tempora et leges* (Dan. vii,
 » 23). — Siglo XVIII, tan envanecido de tus luces, y que
 » entre todos los otros te glorías del título de *siglo filó-*
 » *sofo*, ¿qué época tan fatal vas á hacer en la historia
 » del espíritu y de las costumbres de las naciones! No te
 » negamos los progresos de tus conocimientos, ¿pero la
 » débil y soberbia razon de los hombres no podía hallar
 » un punto donde fijarse y detenerse? Despues de haber
 » reformado algunos antiguos errores, ¿era necesario,
 » con un remedio destructor, atacar á la verdad misma?
 » No habrá supersticion, porque no habrá Religion; no
 » habrá falso heroismo, porque no habrá honor; no ha-
 » brá preocupaciones, porque no habrá principios; no
 » habrá hipocresía, porque no habrá virtud. Espíritus
 » temerarios, mirad y ved; mirad, ved las desolaciones
 » ocasionadas por vuestros sistemas, y horrorizáos de sus
 » felices progresos. Las revoluciones mas funestas de las
 » herejías, que mudaron en los reinos circunvecinos la
 » faz de muchos Estados, dejaron al menos algun culto
 » y alguna regla de costumbres; pero nuestros desgra-
 » ciados nietos no tendrán ni culto, ni costumbres, ni
 » Dios. ¡ Oh santa Iglesia galicana! ¡ oh reino Cristianí-
 » simo! ¡ Dios de nuestros padres, tened piedad de nues-
 » tra posteridad! »

¿ Se podían dar por aquel elocuentísimo orador avisos
 mas oportunos al nuevo rey sobre la triste revolucion
 que le amenazaba, y habia de estallar solo quince años
 despues ¹? ¿ podía describirla mas claramente, y presen-

¹ Con mayor precision se explicó aun el jesuíta Beauregard :
 « Si, exclamó con un tono profético predicando un dia en un tem-
 » plo principal de Paris, dos años despues, y trece antes de la révo-
 » lucion; vuestros templos, Señor, serán despojados y destruidos;
 » abolidas vuestras fiestas, vuestro nombre blasfemado, proscripto
 » vuestro culto. ¿ Mas qué oigo, gran Dios? ¿ qué veo? ¡ Ay! á los
 » himnos y cánticos sagrados que hacian resonar estas santas bóve-
 » das en vuestro honor, suceden cánticos lúbricos y profanos! ¡ Y
 » tú, diosa infame del paganismo, impúdica Venus; tú vienes aqui
 » á tomar osadamente el lugar de Dios vivo, á sentarte sobre el
 » trono del Santo de los santos, y á recibir el incienso culpable de
 » tus nuevos adoradores! » Recuérdense las abominables fiestas de

tar los peligros en que se veía la Religion por la secta
 filosófico-jansenística? ¿ qué espíritu de adormecimiento
 ciega á veces á los príncipes sobre los peligros que les
 amenazan, y que ven venir sobre sus cabezas? ¿ Cómo
 no despiertan al ruido secreto que sienten bajo sus piés?
 ¿ cómo no ven que han de responder á Dios no sólo de
 sí, sino de sus pueblos, de las naciones que les ha con-
 fiado, de los males que han de venir sobre ellas, de la
 posteridad á quien van á dejar arrancar la Religion, y
 privar hasta de la esperanza casi de adorar á Dios?
 Las generaciones futuras se levantarán contra ellos en el
 tribunal de Dios á pedir justicia de la indolencia con que
 dejaron perder la santa Religion, que habia de haber
 causado su felicidad, y por cuya privacion serán eterna-
 mente infelices. ¡ Oh responsabilidad! El prudentísimo
 orador para empeñar al jóven Rey á poner toda la aten-
 cion y vigilancia, y todo el valor de un príncipe resuelto
 á sostener con empeño la Religion contra los ataques de
 sus enemigos, y reducir á los súbditos á la pureza de las
 antiguas costumbres, pidió para él á Dios, y le dió el
 glorioso renombre de *restaurador de las costumbres*.
 Luis XVI deseaba un nombre tan precioso, que corres-
 pondia en verdad á su carácter, ajeno de la mas leve
 nota que pudiese ofender la moral y las costumbres pú-
 blicas; pero vendido por sus mismos ministros, y aun mu-
 cho mas por su ingenuo corazón, demasiado suave y con-
 descendiente, temia exasperar á los súbditos con excesos
 de rigor, y de este modo la disolucion, en vez de hallar
 en él una roca donde estrellarse, aprovechándose de su
 pusilanidad, que los impíos le hacian créer caridad,
 rompió todos los diques, confirmándose por la centésima
 vez el antiguo proverbio, hijo de la experiencia : que los
 malos con la indulgencia se hacen peores.

No es maravilla que la secta se hiciese cada vez mas
 atrevida viendo dentro de los muros de París á su pa-
 triarca Voltaire ⁴ á pesar de las mas enérgicas represen-

la *Razon*, cuando la cómica Maillard fué llevada en andas represen-
 tando á esta diosa, y recibió públicamente los incienso de los legis-
 ladores y revolucionarios, y dígase si la prediccion no fué exacta-
 mente cumplida. Véase el t. 1.º de la *Biblioteca*.

taciones de eclesiásticos celosos, que hicieron ver el escándalo que resultaría de permitir la permanencia del enemigo público del nombre cristiano en la corte de un rey cristianismo. Una imprudente indulgencia que lloró luego el desgraciado rey en las prisiones del Temple¹, cerró los ojos á todo, y dejó avanzar todos los males. Voltaire permaneció en París, visitado y adorado incessantemente de la turba de jóvenes incrédulos que habia formado con sus escritos², y cuidaban de presentarle diariamente los dos atlantes de la secta d'Alembert y Diderot, y aun mas, con escándalo del mundo católico, y gemidos de los buenos, pero con vivos aplausos de los filósofos, fué coronado públicamente en el teatro... y el gobierno calló, mostrándose indiferente sobre la existencia de un hombre tan peligroso á la Religión y á la monarquía. Alentada con esta permission la secta, llegó en breve á hacerse dominante, y siempre cubierta con la apariencia de bien, avanzó á colocar al lado del monarca, en el gobierno, uno de sus mas atrevidos discípulos, al famoso Necker, destinado para abrir la primera escena de la revolucion: en vano dos veces el monarca, penetrado de su pérfido carácter, lo arrojó de sí; otras tantas la secta le movió, le estimuló, casi le precisó á volverlo á llamar; la era preciso así para acelerar la ruina del Altar y del Trono: la confusion en la hacienda es un medio el mas oportuno para ello, y no lo podia omitir. Para colmo de su desgracia, Luis elevó tambien al grado de primer ministro al impío, aunque no bien conocido entonces, cardenal de Brienne, de quien Audainel en su *Denuncia á los Franceses católicos* (p. 51) se atreve á decir que *en la serie de veinte siglos no se hallarán dos hombres iguales á él, y á desafiar á cualquiera estado de la Europa á conservar su existencia, confiando su*

¹ Recuérdese el dicho de Luis XVI en el Temple al ver allí los retratos de Voltaire y de Rousseau: *Estos dos hombres han perdido la Francia*. Confesion tardía para él, y para su reino; pero que debiera abrir los ojos á todos los príncipes, y hacerles recordar que la impiedad adula para destruir; que los malos libros, y un plan malo de instruccion lo trastornan todo, y que si no se resiste á la mala doctrina, á los principios, sero medicina paratur.

² Véase el t. 1 de la *Biblioteca*.

gobierno por solos seis meses á un ministro semejante. Brienne era y se mostró declarado protector de la secta ateo jansenística, la cual en el corto espacio de su malhadado gobierno tomó tal ascendiente, que comenzó á obrar impunemente en la corte, á deprimir á los eclesiásticos fieles á Dios, á envilecer á los súbditos obedientes al rey; en fin, á preparar los espíritus á la meditada revolucion, cuyos amargos frutos ha cogido despues la Francia, y ha hecho sentir á toda Europa.

En medio de todas sus desgracias no le queda á esta otro consuelo que el de conocer los autores de sus males: conocida la causa del mal, si hay voluntad, es fácil el remedio. Si fué incauta en prevenir los designios de sus enemigos, sea ya prevenida en separarlos de sí, y alejarlos de su lado: la heroica conducta de tantos vasallos fieles en arrostrar todos los peligros, vejaciones é infortunios antes que hacer traicion á su Dios y á su rey, los hace acreedores á no ser expuestos de nuevo á los tiros de una filosofía regicida. Quédeles este consuelo, y que sus hijos no sean víctimas de la seducción de esa teología inhumana, que conduce como por la mano á aquella falsa filosofía. Sea este el fruto que cojan la Iglesia y la sociedad de esta tribulacion tan extraordinaria que las ha afligido.

El célebre abate Marotti en aquel escelente *discurso*, dirigido á los romanos, *sobre los prodigios con que el Señor ha hecho brillar su omnipotencia para la gloria y defensa de su Iglesia en estos últimos tiempos*, dice penetrado de estos mismos sentimientos: « No lloremos la caída » de tantos que nos parecian buenos, en esta fatal revolucion; admiremos mas bien la providencia divina. » ella nos ha hecho ver sensiblemente cuáles eran los » lobos que cubiertos de piel de oveja permanecian mez- » clados en la grey del señor, y aunque de largo tiempo » divididos por sus sentimientos heréticos, vivian sin em- » bargo entre nosotros. Ahora se ha hecho la separacion » del trigo y de la cizaña, que tanto deseábamos, y para » lo que no era necesario menos que un trastorno semejante. Ambas semillas habian crecido hasta la sazón de » la cosecha: una estaba reservada á sostener las verdades católicas, y la otra á sufrir todo el peso de la ven-

» ganza de Dios. La era del señor ha sido purificada, y
 » para ello el padre de familias de mucho tiempo atrás
 » ha tenido el biéldo en la mano. Aquel falso anhelo por
 » la antigüedad, que veíamos en todos los que desecha-
 » ban la autoridad de la silla romana; aquella aparente
 » austeridad de costumbres, aquel afectado clamar por
 » la severidad de la disciplina antigua, aquella desobe-
 » diencia criminal á la Iglesia, pedían ya una total sepa-
 » racion. Los votos de la Religion se han cumplido: el
 » buen grano se ha separado de la paja; aquel ha sido
 » colocado en los graneros, y esta arrojada al fuego.»
 La Francia conoce sus verdaderos enemigos, los autores
 de sus males, y no puede confundirlos con sus hijos,
 de los cuales unos han defendido con escritos admirables
 su Religion, otros la han sellado con su sangre, y otros
 han combatido gloriosamente por la doble causa de su
 Religion y de su rey. Sabe en qué concepto deben estar
 de hoy mas para ella los filósofos y jansenistas, y como
 ha visto ser sus procedimientos iguales, á unos y otros
 indistinta, pero justamente, los califica con el nombre de
 jacobinos.

La Francia los conoce; ¿pero los conocen tambien las
 demás naciones? ¿preveen el daño que pueden causarles
 estos vivoreznos que serpentean ocultos en su seno? ¿te-
 men los funestos efectos de sus atentados? ¿se cautelan
 contra las insidiosas asechanzas de sus proyectos pernicio-
 siosos? ¿aprenden de los males de la Francia á no de-
 jarse seducir de sus voces lisonjeras, á vivir precavidos
 contra las catástrofes que aquella ha padecido? ¿procu-
 ran cortar la viciosa comunicacion con los países impre-
 gnados del virus de sus dañosas doctrinas? ¿arrojan de
 su seno ó reducen á punto de no poder dañar á unos ene-
 migos tan odiosos? ¡Ah! lágrimas de sangre no serian
 bastantes á llorar la fatal indiferencia en que se vive
 sobre este punto en algunas naciones: los gemidos mas
 profundos no son suficientes á aliviar el espíritu angus-
 tiado con la prevision de los nuevos desastres que ame-
 nazan, y que con una ceguedad espantosa y vituperable
 no se quieren creer por aquellos mismos á quienes mas
 directamente les interesa. La conjuracion permanece:
 los filósofos jansenistas no están aún saciados con la san-

gre derramada y estragos de las anteriores revolucio-
 nes¹: aun viven algunos miembros de los dos famosos
 clubs, titulados *de los tiranicidas*² é *inmortales*, cuyo
 objeto era la sublevacion de los pueblos y la muerte de
 los soberanos. Es cierto que han muerto muchos de ellos,
 y perecido otros á manos de sus mismos satélites; pero
 otros varios viven, y como aquellos sedientos de nuevos
 trastornos: cayeron, es verdad, al golpe de la guillotina
 los Brissot, Clabot, Danton, Chaumette, Robespierre,
 Hebert, Fauchet, Gobel, Brienne y otros; pero sus com-
 pañeros los Gregoires, etc., etc., viven, y viven sus cor-
 responsables, partidarios y amigos en los demás países.
 Estos han intentado varias veces sublevar, y han suble-
 vado á los pueblos; y la Hungría, la Austria, Turin, Ro-
 ma, Napóles, España, la Europa toda lo ha bien exper-
 rimentado. En vez de castigarlos ha prevaecido la
 indulgencia: los cómplices alentados con la impunidad
 han vuelto á unirse con los conjurados, y hechos mas
 cautos con la experiencia, asestan sus tiros mas segura-
 mente³, y se lisonjean de llevar á término sus antiguos
 criminales designios.

¹ Véase el t. 1.º de la *Biblioteca*. — ² *Ibid.*

³ « Al enemigo declarado, hemos dicho con el autor de *Gli*
 » *Dritti d'Uomo*, se le teme, se le huye y desecha; pero el enemigo
 » oculto sorprende, y hiere á su salvo. Por eso la hipocresía del jan-
 » senismo es mas nociva al intento que la guerra abierta de la filo-
 » sofía. » Los libertinos, los inerédulos declarados, son enemigos
 » públicos, sus mismas máximas dichas sin rebozo los hacen dignos
 » de horror, y es fácil precaverse de ellos; pero los jansenistas, rebo-
 » sando siempre caridad, piedad y moral austera, hacen un daño inecal-
 » culable: *Moliti sunt sermones ejus super oleum, et ipsi sunt jacula.*
 » Ellos, dice oportunisimamente el autor de la obra, *la Cabala dei*
 » *moderni filosofanti scoperta in faccia ai piccoli e grandi della*
 » *terra* (Vol. 1, part. 2, p. 208), mostrando siempre un celo exce-
 » sivo por la Religion ó por los príncipes, ni aman á la una, ni
 » quieren á los otros; quisieran sí desterrar á aquella del mundo, y
 » á estos precipitarlos de sus tronos. Mas como no podian combatir
 » libremente á la Religion sin buscarse antes algun apoyo, se ad-
 » hirieron á conciliarse el favor de los príncipes, engrandeciendo
 » excesivamente sus prerogativas, confiados de que vencida, digá-
 » moslo así, por este medio la Religion, luego les seria fácil desha-
 » cerse de los príncipes. »

En vano se querrán tachar estas verdades experimentales de calumnia: las pruebas están á la vista de todos, y hemos insinuado no pocas en el discurso de esta obra. En ella hemos visto sus principios anárquicos hemos observado su conducta en la revolucion de Francia, conforme en un todo á aquellos principios; y las que ántes podian decirse fundadas conjeturas, han tomado, como decia Spedalieri, un grado de certeza irrecusable, y nos autorizan para decir que el gran favor concedido en muchos países á la hipocresia del jansenismo, es obra de la filosofía, que por su medio se esfuerza á realizar sus planes en todos los Estados católicos. Si en algunas partes no los han verificado, es porque las circunstancias no les han permitido una libre enseñanza de sus doctrinas, ó porque han temido que se pudiesen descubrir claramente. Mas donde la ocasion les ha sido favorable, los jansenistas se han unido al punto con los jacobinos, han abrazado sus proyectos, y dirigidose como ellos al mismo fin, aunque por diverso camino.

En efecto, ¿con qué funesto regocijo no abrazaron la revolucion los jansenistas en todas las ciudades de los Países Bajos, y en la Alemania, apenas entraron en ellas los Franceses? La conducta de estos nos enseña la que observarían sus amigos, cómplices y partidarios en las demás naciones, si se presentase una ocasion semejante.

1 Dejando los demás por ahora, la conducta de los de Moguncia merece referirse. Los fautores principales de la invasion de los Franceses en aquella ciudad fueron *Droek*, catedrático de la universidad, y canónigo de la colegiata de Santa María *ad Gradus*, el cual, aunque muy favorecido del elector, de antemano se habia pasado á la Alsacia, y casándose allí, é incorporándose en el ejército francés, obligó á la fuga á su bienhechor y soberano, y fué nombrado prefecto de la ciudad. *Arand de Lichsfelden*, cura de Nac-Kenheim, y rector del seminario, favorecido también del elector, fué uno de los principales jacobinos del club Moguntino, y se lisonjaba de obtener la silla episcopal segun la constitucion francesa. *Blau*, vice rector del mismo seminario, y catedrático de la universidad, gran fautor del congreso de *Ems*, se asoció igualmente al club jacobino, juntamente con *Donseh*, canónigo de la catedral, y como él catedrático: los dos canónigos *Fasciola* y *Koninos* siguieron luego á luego su ejemplo. *Rompel*, cura de Saneti-Spiritus, que con doble escándalo se casó con una miserable, con la condicion de ser por solos cinco

Tamburini, sin querer, nos habia avertido que *no puede ser buen súbdito de su rey el que en virtud de sus principios era mal súbdito de la Iglesia*; y nosotros lo hemos experimentado. Un célebre emigrado francés, refiriendo los sucesos de un viaje hecho expresamente á la Lombardia, dice de los jansenistas, que la voz comun en Milan los tenia por jacobinos; pero « como hoy, añade, » tienen tantos protectores, y son tan poderosos, no se » les cita por su nombre, y solo se dice en general que » también hay clérigos y frailes jacobinos. En verdad, » continúa, yo hallé no pocos eclesiásticos de uno y otro » clero, tanto en Milan como en Pavia, y en otros lugares que lo eran; pero he visto que eran puntualmente » jansenistas: en los antijansenistas no sé haber encontrado ninguno. Estos compadecian la triste suerte de » los emigrados franceses, especialmente la de los eclesiásticos; por el contrario, de los jansenistas éramos

años; *Hagel*, cura de san Ignacio; *Munch*, capellan en Volstein; *Amsbergen*, de Cassel, y *Fronster*, bibliotecario, etc., todos conocidos antes como jansenistas, recibieron con los brazos abiertos á los Franceses, y tomaron inmediatamente parte en todos sus designios. A estos deben añadirse *Burkard*, *Hoffan*, *Mettermit*, catedráticos de la Universidad; *Ohler*, empleado en la Biblioteca pública, con algunos regulares escandalosos; y sobre todos *Bech*, maestro de escuela, fanático revolucionario, que en medio de la clase tenia plantado el arbol de la libertad (como entre nosotros los hubo en tiempo de la Constitucion que tenian el cuadro de Riego, y lo hacian saludar al entrar y salir de la aula á los niños, en vez del Ave María y Bendito y alabado que antes decian), y usaba el gorro encarnado, que fué uno de los que concurrieron al congreso de *Ems* por parte del elector, y se ve allí suscrito. — Algunos jansenistas, catedráticos en la universidad de Bonna, impacientes porque no llegaban tan pronto como quisieran los revolucionarios franceses, se adelantaron á recibirlos á la Alsacia, y ocuparon allí las iglesias de los sacerdotes católicos que no quisieron mancharse con el impío juramento; tales fueron los regulares padre Eulogio *Schneider*, padre *Tadeo*, *Vander-Schuren*, y padre Romualdo *Tocmarin* (véase el Suplemento al Diario eclesiástico de Roma, n. 1º del año de 1794, á continuacion de la famosa Carta de un eclesiástico emigrado francés á los diáristas). En los demás países cada uno podrá formar por sí el cotejo de si los tildados de jansenistas se declararon ó no por las innovaciones revolucionarias.

» mofados y escarnecidos, y hé aquí sin duda la razón
 » verdadera porque todos los días se aumentan las sospe-
 » chas y desconfianza respecto de ellos, en términos que
 » allí para muchos son sinónimos jacobino y jansenista¹.»

Tamburini nos lo había también así confesado, diciéndonos: *que despues de la revolucion de Francia los jansenistas son confundidos con todas las sectas, y que las voces de jansenistas, francmasones, jacobinos y ateos se tienen por idénticas.* Él lo dice; pero nosotros lo hemos palpado. Apenas nació la secta, los tuvo por tales aquel gran político el cardenal de Richelieu, quien habiendo hecho arrestar en las cárceles de Vincennes al patriarca del jansenismo el abate San Ciran, decía frecuentemente: « Que si á Lutero y Calvino se les hubiese desde luego recluso, la Francia y la Alemania se hubieran preservado del diluvio de males que luego la inundaron (Lafitau, *Hist.*, l. 1, p. 4). » Sabia bien que el espíritu de error no reconoce superior alguno. — Otro político, que conoció á los primeros discípulos de San Ciran, el abate Marandé, en su obra titulada: *Inconvenientes políticos procedentes del jansenismo, manifestados en la confutacion del Marte frances de Jansenio*, publicada el 1664, previene á los príncipes sobre la necesidad que tenían de cautelarse de ellos. « Esta obra, dice en su advertencia preliminar (p. 2), será no menos útil en lo sucesivo á los príncipes católicos contra cualesquiera nuevos errores, que en el progreso del tiempo podrán turbar el reposo y tranquilidad de sus pueblos, que lo es hoy contra los de la nueva doctrina, cuyas consecuencias serán igualmente funestas á la Iglesia y al Estado, si no se reprimen prontamente. » — El abogado Talon, mirado justamente como el oráculo de los jurisconsultos de su tiempo, y que conoció á los mismos y á muchos discípulos ya adultos, en un Discurso leído á las cámaras reunidas del parlamento de París en 23 de enero de 1684, dice expresamente del jansenismo: « que era una facción peligrosa que por el

¹ Carta de un eclesiástico emigrado francés á los diaristas romanos, dando cuenta de su viaje por Italia en el año de 1794.

» espacio de treinta años no había omitido ni perdonado
 » medio alguno para disminuir la autoridad de todas las
 » potestades, así eclesiásticas como seculares, que no la
 » eran favorables. » ¿Qué diría hoy despues de siglo y medio de repetidas conjuraciones y desobediencias? Por último, Luis XIV, que tuvo tiempo de conocer á los primeros jansenistas en su largo reinado, y exactamente conoció en su madurez y ancianidad el espíritu de estos sectarios, los miraba « como una de las pestes más peligrosas para la Religión; capaces de trastornar todo el Estado. Por esta causa procuró siempre tenerlos á raya, y decía le daban más cuidado ellos solos, que pudiera haberlo hecho toda la liga, que tanto había dado que hacer otro tiempo en Francia¹. »

No acabaríamos si hubiésemos de reproducir aquí todos los testimonios de los hombres grandes, escritores sabios é imparciales, que han penetrado el carácter de los jansenistas; podríamos presentarlos año por año desde que ellos empezaron á figurar en el mundo hasta nuestros días; pero sería aumentar testigos en causa que no los necesita. Nosotros mismos hemos visto y conocido que sus descendientes en nada han degenerado de sus mayores, antes bien han avanzado excesivamente en la ejecución del proyecto; y lo han llevado hasta su término. Los hechos hablan, y ya no se necesitan razones para convencer á los príncipes ni á los pueblos de la necesidad de precaverse contra estos enemigos de la tranquilidad y bienestar de unos y de otros. El proyecto ha sido plenamente realizado en Francia, en los Países Bajos, en parte de la Alemania, en la Saboya, en toda la Italia, en la Suiza, y si no se ha verificado en los demás reinos, no ha sido por defecto de los jansenistas; velen, pues, los gobiernos, vivan precavidos los príncipes, y desconfíen de todo sectario, si quieren ser felices. El célebre autor de los *Dritti dell'Uomo*, despues de haber patentizado los grandes peligros que amenazan á los tronos por el favor concedido á la hipocresía del jansenismo, concluye su obra proponiendo el único pro-

¹ M. Lintiers, *Histoire du règne de Louis XIV*, t. 7, edic. de Amsterdam.